

te, digamos también que la comprensión histórica excede con mucho el hecho simple de la pura aprehensión visual de los fenómenos. El tiempo y el espacio reales son dos categorías de la historia como lo son del movimiento. En ellos gana la imagen televisada toda su preeminencia documental.

Para terminar digamos que el paso de las llamadas hoy «ciencias tautológicas» (lógica y matemática) a las ciencias «semánticas» es un aspecto que todavía no ha sido desvelado suficientemente por la investigación científica. Sin embargo, creemos que radica en él toda la fuerza y la profundidad de la verdadera epistemología. La teoría de la información de Shannon maneja nociones de base que pueden cotejarse con las acciones propias de la fisiología, la psicología, la psiquiatría y la sociología: habla, por ejemplo, de «sistema nervioso», «cálculo», «universos», «lenguaje» y «sociedad», etc. Las modernas obras de cibernética ensayan sus intentos de explicar los fenómenos biológicos, psicobiológicos e incluso los fenómenos del comportamiento social, a partir de teorías psicomatemáticas. Las analogías entre mecanismos electrónicos y estructuras cerebrales fueron señaladas ya en un congreso del año 1925 sobre «máquinas de calcular y pensamiento humano», al que acudieron la mayor parte de los investigadores que habían colaborado con Wiener en los primeros ensayos de cibernética. Las investigaciones han avanzado extraordinariamente de la mano de MacCulloch, Grey Walter, Ross Ashby, Mac Kay, Mandelbrot, etc.

La extensa problemática técnica y humana de la televisión no es ajena en manera alguna a la explicación de estos fenómenos de intercencia. La teoría de la información ha servido para hilar múltiples problemas que preocupaban desde hace tiempo a los ingenieros de telecomunicaciones. En la televisión se dan el soporte y la semántica de todo proceso correcto de información, y la televisión es, al mismo tiempo, un fenómeno de signo, que deberá estudiar la semiótica.

A este respecto me voy a permitir citar unas frases de Charles Morris, conocido experto de este ámbito del saber: «En una edad en que la imprenta, la fotografía, la pintura, el cine y la televisión ocupan un lugar tan importante, se requiere imperiosamente la tarea de los semióticos, que presten especial atención a los signos visuales».

La sociedad humana, en sus aspectos culturales, depende de los signos y, especialmente, de los signos del lenguaje, aunque no todos los fenómenos culturales sean a su vez fenómenos de signo.

En el ámbito de la semiótica creo que radica la mayor posibilidad para explicar la función que la imagen de televisión está ya desempeñando, para bien o para mal, en la estructura y en la patología social. La sociología de la televisión sigue siendo, según creo, una segunda instancia, pendiente de esta maraña de problemas que afectan a la epistemología de la imagen.

(Continuará.)

La educación de masas, una encrucijada en el mundo actual

FRANCISCA MONTILLA

MASIFICACION

Es un fenómeno ya cuajado. Su proceso formativo superó las fases primaria y secundaria. Hoy nos encontramos con que la masificación se ofrece como hecho incontrovertible del que no cabe dudar.

Los factores que lo iniciaron se fueron conjugando armónicamente, para acelerar el desenlace: ingente crecimiento demográfico, favorecido por la elevación del nivel higiénico y de la seguridad social; incremento del desarrollo industrial, que produce gigantescas concentracio-

nes humanas; grandes ciudades; extensos núcleos fabriles; lugares de esparcimiento concebidos para miles de espectadores; beneficios aplicables a extensas mayorías; etc.

Todo en proporciones inconcebibles para la mente humana, hecha a contemplar cercanías, limitaciones, contornos reducidos.

«Estamos pasando de una fase en donde dominaron los llamados grupos primarios—la familia, la vecindad—a otra en donde prevalecen los grupos de contacto indirecto» (1). Yo digo

(1) KARL MANNHEIM: *Diagnóstico de nuestro tiempo*, página 30. México, 1959.

que esa fase no la estamos pasando, porque ya se realizó.

Los grupos de contactos indirectos se aproximan entre sí, merced a su volumen. Algo tiene que haber para que el hombre se solidarice con desconocidos a los cuales jamás llegará a tratar. Es que la masificación unifica intereses, apetencias, incluso gustos y pasatiempos, comunes a cuantos caen bajo su área. La dimensión de sectores tan extensos no constituye un obstáculo para agrandar el espíritu de afinidad: al contrario, la mente se incorpora de modo traslaticio al pensamiento de cuantos participan en sectores comunes con circunstancias parecidas. Y no es extraño que al defender lo que privadamente afecta a cada uno, se esté dispuesto a dar la batalla por los demás, incluso a costa de particulares renunciadas.

Esto no significa que la sociedad haya crecido en volumen, manteniéndose su estructura anterior y su configuración. Todo ha cambiado, porque tampoco el individuo es lo mismo.

Las grandes sociedades ofrecen perspectivas nuevas y presentan problemas propios. También sus elementos constitutivos, individuos y familia, acusan la presencia de actitudes y aspiraciones distintas.

No se puede enjuiciar la vida de una sociedad de masas, con criterios pretéritos. Es preciso asomarse a ella desposeídos de prejuicios y ávidos de penetrar en la esencia íntima que la configura, para interpretarla equitativamente, buscando dar solución satisfactoria a sus interrogantes.

La estructuración masiva del mundo moderno ha sido tan rápida que no dió lugar a que se produjesen bajo igual ritmo las transformaciones indispensables en los estamentos llamados a condicionarla. Hoy padecemos por eso un desajuste incómodo, cuyo remedio requiere esfuerzos y perspectivas no iniciados a veces.

La educación es uno de los elementos más comprometidos en estos cambios. Hasta ahora, su mutación se manifiesta reacia e indecisa. Mucho tiene que cambiar en ella para que operando sobre la realidad de una sociedad masificada no claudique sometiéndose indefensa a sus imperativos y conserve intacto el ímpetu renovador que la debe impulsar.

PROBLEMAS IMPLICADOS EN LA SOCIEDAD DE MASAS

Una sociedad de masas engloba los elementos que la constituyen de forma que produce una resultante de características propias. Para lograrlo, esos elementos básicos pierden cuando se integran en el conjunto notas típicas de acusado relieve. A cambio de tal sacrificio, siempre reducido porque afecta a la minoría, se produce una sincronización de estratos, ascendiendo los infe-

riores al nivel de los que hubieron de sacrificar ciertos privilegios para conjugarse con ellos.

La masa es igualitaria por excelencia. Y ese esfuerzo de equiparación se vierte sobre todos los órdenes de la vida: nivelación social, económica, artística, cultural, etc.

Pero no ha de producirse arrastrando a los hombres a estratos ínfimos, sin permitir que nadie descuelle sobre la línea fijada como horizonte tipo al que se quiere llegar. La intención es mejorar la condición de los peor situados, hasta ponerlos a la altura de quienes disponen de cuantos medios precisa un individuo o una familia para vivir decorosamente, disfrutando de las conquistas modernas con legítimo derecho.

Esto comporta un ascenso susceptible de llevar a efecto la movilidad social necesaria para situar a los hombres en ese nivel. Aquí se perfila el papel decisivo que a la educación le corresponde jugar en tan trascendental negocio.

Es decir: que la obra igualitaria reclamada por la sociedad de masas, tiene que cumplirla estrictamente la educación.

Así se hace en los países más avanzados, coincidiendo los de régimen democrático con los dictatoriales.

El individuo presenta allí unos rasgos espirituales muy semejantes, que los tipifica. Fruto de esa coincidencia son criterios muy generalizados, conductas bastante afines, reacciones demasiado similares. Ante cualquier acontecimiento, puede predecirse cuál ha de ser la actitud de la masa y de cada uno de sus componentes. Mentalidad característica, que no se desmiente.

El hombre es entonces un producto de la educación de masas rigurosamente aplicada, sin tener en cuenta apenas los valores individuales.

Pero semejante meta no constituye un ideal apetecible; porque priva a la sociedad de unos recursos relevantes, que deben ser cultivados y esclarecidos, en beneficio de la propia sociedad.

De ahí que la educación tendente a producir una igualdad de clases, siempre legítima, deba tener la flexibilidad necesaria para que al mismo tiempo subsistan estratos superiores cuyas estimables cualidades estén al servicio de la masa.

Por eso la educación tiene que ser al mismo tiempo igualitaria y discriminatoria. La antigua «élite» surgida de privilegios extrínsecos: nacimiento, herencia, suerte, etc., ha de ser sustituida por la que impongan los valores personales de los hombres destacados en talento, dotes de mando y de gobierno, inspiración creadora, etcétera. La educación cultivará tales disposiciones, elevándolas a su máxima potencialidad. Y como todos los individuos no las poseen, se deduce que cada uno recibirá el trato formativo exigido por sus peculiares condiciones.

Queda así sometida la sociedad de masas, a un flujo y reflujo constante: promoción social tendente a la conquista de una clase común con nivel superior; selección de individuos susceptibles de escalar puestos directivos y de mando, aunque procedan de estratos ínfimos. Lo cual

equivale a estabilizar las conquistas logradas en beneficio de quienes no las poseían y a romper barreras para que los talentos no se pierdan y afloren sin dificultad a las zonas más altas.

Esa obra la tiene que realizar la educación.

MOVILIDAD SOCIAL

La movilidad social es indispensable para que desaparezcan las clases situadas en ambos extremos: miseria y monopolio de riqueza. El ideal igualitario que aproxime a los hombres haciéndolos partícipes del goce que proporcionan los bienes—aunque los situados en las altas zonas que abundantemente los detentan, hayan de ceder una parte de sus excedentes—, requiere como condición previa el ascenso o promoción de los estadios menos favorecidos, hasta que ambos coincidan en zonas de tipo intermedio.

La pequeña «élite» representación del capitalismo privilegiado, de la riqueza imponderable, también tiene que bajar algunos peldaños para realizar así su contribución a empresa de tanta envergadura.

La movilidad social que privilegia la situación de las clases bajas es deseable, aunque muchas veces los individuos que deben conquistarla no miden sus felices consecuencias o no les apetece poner en juego el esfuerzo que se les pide, pese a que el empuje que los impulsa puede ser decisivo.

La eficacia de esta movilidad de ascenso se asegura cuando se produce por las conquistas de generaciones nuevas apoyadas en la decisiva cooperación de generaciones precedentes. Es el caso de los hijos que se preparan—muchas veces a costa del sacrificio de los padres— para escalar puestos mejores que los ocupados por ellos.

El Magisterio ofrece abundantes ejemplos de este tipo: un porcentaje muy elevado de hijos de maestros realiza estudios que los habilita para hacerse médicos, ingenieros, abogados, etc. Son carreras costosas. Las clases particulares durante horas inverosímiles, tras la dura jornada escolar, permiten sufragar los gastos. El mérito de estos padres es extraordinario; pero casi siempre, la aplicación y el talento de los hijos responde ampliamente a las ilusiones concebidas y a la abnegación practicada.

Un fenómeno así no se presenta como caso aislado. Su generalidad es asombrosa. Y de modo semejante se da en otros sectores de la sociedad. Multitud de trabajadores manuales quieren para sus hijos una situación más favorable que la suya y se imponen duras renunciaciones para conseguir que aquellos estudien, buscando un porvenir más lucrativo y honroso.

Muchas veces el esfuerzo económico resultó prácticamente imposible. Desistir se imponía aun cuando existiesen capacidades naturales que permitían abrigar las mejores esperanzas. Los ta-

lentos se anulaban, y de ese fracaso participaban juntamente el individuo y la sociedad.

El principio de igualdad de oportunidades equitativamente aplicado aspira a dar respuesta satisfactoria al terrible dilema: que los mejores no queden sofocados por la pobreza, entre los menos capaces. Todo aquel que posea disposiciones sobresalientes, aptitudes especiales, talentos destacados, debe cultivar sus dones naturales para ocupar en su día el puesto que le prometen. Si el nacimiento o la posición de los progenitores le impiden ponerse en situación de adquirir cultura y adiestramiento para llegar a la meta movilizándolo por medios propios, el Estado debe acudir en su ayuda, haciendo posible la preparación que necesita.

Hay otra promoción social que se produce sin el refuerzo aportado por generaciones pretéritas. Es la del profesional que se situó precipitadamente por imperativos de necesidad apremiante o porque no percibió a tiempo cuál era su vocación. Tardíamente descubre posibilidades antes no calibradas y se lanza a su conquista. Se produce entonces un ascenso social, legítimo y meritório, que debe ser favorecido.

En todos los casos, la educación tiene un papel preponderante. Sin ella, la promoción social sería prácticamente nula.

PERSISTEN LOS ESTRATOS SOCIALES

Esa aspiración igualitaria no conduce a resultados análogos a los perseguidos por el comunismo: el establecimiento de una sociedad sin clases; que ni siquiera en el caso de aplicación violenta de los principios marxistas se ha podido realizar.

Los estratos sociales se mantienen. Pero la fisonomía de la sociedad de masas es distinta a la ofrecida por una ordenación liberal capitalista.

Hoy no son posibles las castas. Aquellos conglomerados de artesanos y campesinos sobre los cuales se alzaban los terratenientes; o bien las agrupaciones obreras sometidas a la tiranía capitalista han pasado a la historia.

Nuestra sociedad ofrece como característica propia la desaparición de barreras entre los diferentes estratos y la posibilidad de fusión que existe para los más próximos; sin dejar cerrada la puerta a nuevas posturas intermedias.

Esto es inevitable: la vida social exige funciones distintas, que corresponde cumplir a escala propia. Persiste la división del trabajo, aunque ya no revista un rigor tan acusado. El maquinismo de los robot y los cerebros electrónicos están llamados a trastornar esa disposición. Pero aun así, la aportación social de cada individuo tiene que responder a una esfera precisa, por sus cualidades específicamente logradas; lo cual supone un lugar determinado en el que coinciden otros sujetos de condición análoga.

De no plantearse así el problema de la vida social, la falta de estímulos crearía una mediocridad común, que sería fatídica para todos.

Que la aspiración igualitaria se interprete de una o de otra manera, no quita valor a la necesidad de mantener los estratos, si se quiere conservar una sociedad vigorosa y justa. En definitiva, semejante aspiración no es válida cuando desemboca en posturas políticas de extrema violencia: anarquismo, comunismo. Sólo puede aceptarse si se busca con ella la pretensión —ya lograda en países supercivilizados— de que la miseria, el hambre, los bajos fondos, sean totalmente barridos.

Hay un estadio mínimo, del que humanamente no se debe bajar: que nadie padezca necesidades primarias; pero, a la vez, que ninguna persona se sienta proscrita de una situación material y cultural, a cuyo disfrute tiene tanto derecho como el resto de los hombres.

A esa conquista no han llegado más que pueblos de privilegio. Y es preciso que la alcancen todos.

La primera meta se cifra en la desaparición de los estadios críticos antihumanos y anticristianos. Nadie tiene derecho a emplear lo que le sobra en dispendios injustos y en lujos ostentosos e inútiles, sabiendo hay en el mundo pueblos enteros que perecen bajo la cruel garra del hambre.

El carácter masivo de la sociedad actual afecta también a las calamidades públicas que siegan innumerables vidas humanas. Las catástrofes azotan los pueblos en proporciones gigantescas: inundaciones, terremotos, epidemias, inanición, guerras. Sus efectos alcanzan cifras fabulosas. Mientras los hombres no se encuentren en condiciones de hacer frente a tales estragos porque posean medios que los combatan y aminoren, existirá una clase social de parias, vergüenza y escándalo de unos progresos y unos adelantos cuyo disfrute no es lícito, mientras no se pongan al alcance de todos los hombres.

No pueden bastar por eso unas conquistas sociales que se limiten a borrar de la superficie terrestre la zona de los proscritos. Es preciso obligar como sea, a los que están aún debajo de la línea que marca un nivel de vida digno, para que abandonen su estrechez, su incultura, su incivildad. Hay que forzarlos, sometiendo a los hijos a una educación y a una instrucción que ellos no recibieron; pero a la vez, imponiendo a los padres un adiestramiento y una capacitación acelerada, que les permita aportar al bien común un rendimiento positivo, a la vez que los sitúe dentro de un estadio más acorde con su dignidad y con su condición de hijos de Dios y ciudadanos del mundo nuevo.

Esta elevación de abajo arriba presupone ciertos desvanecimientos de los perfiles acusadores de una minoría reducidísima de poderosos. No desaparecerá totalmente esa minoría; pero al menos sabrá compartir su opulencia con los que

necesitan ayuda para poder levantarse de la prostración que los destruye.

Una doctrina social cristiana bien practicada ha de producir esa relativa nivelación, lenta y difícil, pero inevitable.

LOS PLANES DE DESARROLLO Y LA EDUCACION

Los pueblos se mueven hoy impulsados por un ideal de progreso incontenible. Ese ideal ha cristalizado felizmente en los países que se encuentran a la cabeza de la civilización, constituyéndolos en rectores del mundo. Pero su reducido número los convierte en prototipo que agujonea la marcha de los que ya caminan y a la vez los hace protectores obligados de aquellos que, careciendo de riqueza intelectual, necesitan ayuda y orientación para recorrer su propia senda.

La solución no está en el paternalismo. Aun los pueblos subdesarrollados poseen riquezas básicas inertes, que esperan su explotación, y ésta la deben llevar a cabo ellos mismos. Toda ayuda exterior para que sea efectiva tiene que descansar sobre la preparación de los nativos, a fin de que sean ellos y no otros quienes eleven su nivel de vida. Tan apremiante objetivo se alcanza merced a una educación masiva que avanzando contra reloj, habilita las potencialidades humanas dormidas, convirtiéndolas en artífices de su propio progreso. Todo lo que no sea educar a la masa, disgregada y disforme en tales casos, podrá constituir una ayuda pasajera más o menos generosa; pero a la larga, inútil y contraproducente. Ahí está el ejemplo de los pueblos africanos, que se independizaron sin haber llegado a poseer el nivel cultural preciso para administrarse y desenvolverse con éxito.

El desarrollo económico de un pueblo no es posible sin el antecedente y la cooperación de un plan educativo amplio, masivo y sistemático.

Ese plan educativo tiene que plantearse con vistas al aumento de puestos escolares y de años de escolaridad. Se incrementará el número de escuelas, lo que supone un contingente proporcionado de educadores. Pero también tal contingente crece al subir la población infantil sometida a tutela escolar, si en lugar de ser seis son ocho, por ejemplo, los años que obligatoriamente deban vivirla.

Un plan educativo conjugado con otro de desarrollo económico abre posibilidades a todos los niños comprendidos en las edades que se fijen —más ambiciosas cuando aquél es de mayor envergadura—, sin permitir a la iniciativa familiar un retraimiento que debe ser severamente sancionado. Prescindiendo ahora de la aportación importante que la iniciativa privada puede prestar, se mira sólo a la postura de torpe renuncia, que aún presenciamos, permitiendo quede trun-

cada la educación de muchos niños, por condescendencia de sus familiares y por propia y suicida apatía.

El plan educativo que contribuya al crecimiento de las riquezas de un país tiene que ser muy severo y castigar cuantos fallos culpables se produzcan con peligro de sostener vigentes índices de analfabetismo que se conducen como rémora insuperable de avance.

De ahí que ningún individuo puede permanecer al margen de ese plan. Las primeras metas que fije han de tener carácter mínimo; pero deben llegar a todos los ciudadanos sin excepción.

Por lo mismo, sus contornos serán establecidos con precisión rigurosa.

He ahí la verdadera educación de masas: uniformidad en cuanto al mínimo; amplitud por lo que a las personas se refiere; sistematización, pormenorizando métodos y medios que aseguren el rendimiento apetecido.

En su estructura, el plan educativo que pretende favorecer el desarrollo de un pueblo, habrá de tener en cuenta factores de ese tipo—del económico—por su extraordinario interés.

Una planificación de avance económico presenta como característica típica su constante movilidad: la sociedad evoluciona, convirtiéndose en otra cosa distinta. A veces lo hace con una celeridad tan grande que se necesitan ojos proféticos para captarla. Una educación que se cierre a este hecho, amaga sólo fracasos. Debe contar, por tanto, con necesidades nuevas y prescindir de estructuras caducas o a punto de cancelación. Ocupaciones que ya no tienen razón de ser; oficios que se inician pletóricos de promesas, pero aún inseguros y enigmáticos; audaces ensayos que sólo pueden atraer a minorías de selección.

Pero todo eso envuelve una discriminación que no concuerda con la uniformidad de la educación de masas.

Vale la pena considerarlo por separado.

EDUCACION INDIVIDUALIZADA Y FORMACION HUMANA

La movilidad social que exige un pueblo para engrandecerse no se ajusta a moldes rígidos. Cada individuo puede saltar los estratos que sus méritos personales permitan.

Habrà un promedio muy crecido—verdaderas mayorías—que no podrá salvar más que un pequeño desnivel. Entonces la educación cumple el cometido mínimo que se le asigna. Pero existen muchos talentos inéditos que hubiesen permanecido enterrados, si un hábil artifice no los descubre y los cultiva. La sociedad en desarrollo tiene que ayudar económicamente a esos valores latentes, porque ellos serán los que hagan posible su engrandecimiento.

Ahora bien, una educación de masas, que abarca igualmente grandes mayorías, no puede aplicarse a quienes necesitan trato especial, so pena de que pasen a engrosar anodinamente el número multiforme de los que se detienen porque no son capaces de seguir adelante.

Y aunque a veces resulte prematuro discernir dentro del estadio de la educación primaria, las promesas de granazón venturosa, no cabe duda que la escuela tiene una importante palabra que decir en esta cuestión.

Por lo mismo, su obra no puede ser rigurosamente válida, cuando presionada externamente se le imponen con exclusividad tareas culturales que asfixian su fundamental misión formativa.

Ahí está el punto de fricción que contradice y enfrenta los aspectos contenidos dentro de la llamada educación de masas: si por una parte se tiene que elevar el nivel cultural del pueblo a ritmo acelerado, y esto se consigue mediante planes de índole intelectualista; de otra, dicha elevación se halla supeditada al encumbrimiento de unos valores que dan personalidad propia al individuo, rasgándose entonces la homogeneidad apetecida en el primer empeño.

Así acontece que las exigencias sociales del momento obligan a trastornar viejas teorías y posturas ya inservibles.

Un plan de educación que coopere con eficacia al progreso acelerado—imperativo actual de todos los pueblos—tiene que plegarse a la diversidad de capacidades individuales, para potenciarlas y enriquecerlas; porque en fin de cuentas si las sociedades modernas están constituidas por grandes masas, su bienestar se debe como siempre a minorías selectas.

Antaño, tales minorías se valoraban por la nobleza de origen, por la riqueza acumulada, por glorias militares, etc. Ha sonado ya la hora del talento preclaro, de las encumbradas cualidades humanas, del raro equilibrio, de la serenidad perfecta, del don de gentes brillante.

Para hacer resaltar tales valores hay que poner en juego una educación susceptible de situar al individuo frente a sí mismo, haciéndolo consciente, responsable y culto.

España se ha dado cuenta de este planteamiento y ensaya nuevos planes de contenido más racional y armónico que los anteriores. Mucho podemos esperar en un futuro próximo del rumbo que desde ahora ha de seguir nuestra educación primaria.

COORDINACION DE EXIGENCIAS

La sociedad de masas reclama una elevación cultural que alcance a todos sus miembros. Mas si el desarrollo de un país se despliega según el ritmo fijado, a medida que van siendo rebasadas las metas previstas, los presupuestos de la educación se quedan empobrecidos.

Como punto inicial pudo concebirse un panorama que arrollando todo indicio de analfabetismo situase grandes contingentes humanos sobre la línea marcada por el tope impuesto para la conquista del certificado de estudios primarios.

Una vez logrado ese objetivo, o en vías de lograrse, el progreso creciente del bienestar social puntualiza como requisito ineludible la elevación del hombre a otros estadios superiores, que lo habiliten para coadyuvar a esa superación. Ya no basta una educación primaria bien lograda. Se precisa más. Y son los estudios medios los que se presentan como premisa indispensable para que el ciudadano sea capaz de desenvolverse dentro de un mundo cada vez más exigente y ambicioso.

La masificación del bachillerato se impuso. Será primero un bachillerato elemental que revalorice y afiance la cultura primaria, sin otro objeto que poner al hombre en condiciones favorables, dentro del medio que lo rodea. Después, la masificación se producirá sobre la base de un bachillerato completo, sea o no laboral, que tenga en sí un sentido formativo para quienes no lo tomen como paso obligado a los estudios universitarios o superiores.

La masificación del bachillerato plantea ingentes problemas de personal y de plazas en establecimientos destinados a impartirlos. Pero no hay más remedio que abordarlos con valentía y decisión; porque resistir en este caso equivale a retroceder.

El bachillerato radiofónico quiere paliar en parte tan agudo problema; mas no lo hace sino en proporciones muy reducidas. Vale la pena favorecer la iniciativa privada, siempre rica en aportaciones de toda índole.

Una difusión cultural a gran escala no puede producirse desentendida de la preparación profesional. Detrás de ella está la orientación como empresa que debe ser abordada.

No basta la posesión de saberes enriquecedores del espíritu para formar hombres útiles en un mundo orientado hacia las conquistas tecnoló-

gicas. Hay que mostrarles qué posibilidades ofrece a sus dotes y talentos ese mundo, y hay que dotarlos también de las destrezas que le permitirán adaptarse con éxito a su futura vida profesional.

Aunque tal empeño implica discriminación, dado su volumen, puede reputarse también de efecto masivo. A la vez, se erige en agente movilizador de los estratos sociales. Mientras mejor preparado está el hombre técnicamente, más durado y decisivo será su rendimiento.

También se podrá así mantener un régimen de selección amplio, fuera ya del marco reducido que la escuela primaria ofrece.

Junto a la exigencia masiva del bachillerato y, paralelamente, se produce un movimiento de la juventud trabajadora que busca puestos cualificados. Los estudios especiales y los centros de capacitación brindan medios para que el perfeccionamiento deseado se pueda lograr.

No se trata de una selección aplicable en proporciones reducidas. La promoción profesional y social de especialistas comprende amplios sectores de la vida del trabajo, que se perfeccionan y desenvuelven superando las marcas conseguidas anteriormente.

Para quienes tienen méritos sobresalientes, aunque no posean bienes materiales, el paso a la universidad y a la escuelas técnicas ha de ser posible. Aun en tales casos, se da un desbordamiento masivo. El incremento de alumnado en los estudios superiores es un hecho tangible. Ya no son lugares reservados a los hijos de familias pudientes. Las aulas de altos estudios se han democratizado, abriendo a todos sus puertas con las únicas barreras de la vocación y la capacidad.

La educación sigue teniendo la palabra en este empeño renovador que anuncia la superación de una sociedad pretérita férreamente estratificada e inmóvil, para convertirla en otra de ágil movimiento ascensional, que no paralizará iniciativas individuales; pero que tampoco ha de permitir quede nadie rezagado por torpeza o apatía.